

Salva Sanz es un joven autor independiente de Barcelona. Se crió viendo películas de Tarantino, leyendo a Murakami e investigando por su cuenta acerca de temas relacionados con la cosmología. A nivel académico, estudió ingeniería y aún le quedaron ganas para seguir con administración de empresas. En lo profesional es un absoluto fracasado. Aunque puede aportar una amplia experiencia en trabajos precarios. Su vida sentimental siempre se ha debatido entre lo desastroso e inexistente. Algunos piensan que es brillante. Otros que es un verdadero idiota. Seguramente, ambas partes tienen algo de razón. A los 27 años terminó su primera novela, *Polvo de estrellas*. Tras fracasar en varios concursos y ser rechazado por todos los agentes y editoriales de su país, decidió ponerse manos a la obra e ir por su cuenta. En tus manos tienes el resultado de su trabajo.

Biblioteca

SALVA SANZ

POLVO DE ESTRELLAS

Título original: *Polvo de estrellas*
Diseño de la portada: Salvador Sanz Mir
Fotografía de la portada: © CreateSpace

Primera edición en Amazon: agosto, 2013

© 2012, Salvador Sanz Mir
© 2012 de la edición en castellano para todo el mundo:
Salvador Sanz Mir.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del <<Copyright>>, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Printed in USA - Impreso en Estados Unidos

ISBN-13: 978-1492179771
ISBN-10: 1492179779

A la chica-de-los-ojos-verdes... ¿por qué no?

Prólogo

La *chica-de-los-ojos-verdes* emana un cierto aire de desencanto. Algo así como una especie de total resignación por el mundo. Sus rasgos faciales son tan finos que podrían desvanecerse en cualquier momento. Su mirada melancólica y su expresión inerte evocan una belleza más dulce que provocativa, casi de niña pequeña.

A veces tiene pensamientos que me asustan. Pero creo que, poco a poco, he conseguido entender un poco más algunas de las cosas que dice:

“...resulta menos escandaloso y más fiable que cortarte las venas. Algo no muy solidario con tus pobres parientes que, además de tener que llorar la muerte de un ser querido, se deberían ocupar de limpiar los restos de sangre...”.

Pero lo más me asusta es que ésta es la chica por la cual he perdido la cabeza. Es la persona a la que he decidido entregarle mi amor, mi corazón.

Todas esas locuras que se dicen.

“...y no se trata de algo tan doloroso como beberte una botella entera de desatascador de tuberías. Eso te derretiría las entrañas y te desharía por dentro. Asimismo, constituye un final algo más memorable que tumbarte en la cama y atiborrarte de somníferos. Además, tirarte desde lo alto de un edificio tampoco se puede considerar como algo tan alborotador ni políticamente incorrecto como atarte los cordones de las bambas a la vía del tren, o conducir por la autopista en sentido contrario y llevarte a unos cuantos contigo. Porque el tema del suicidio es una decisión personal, individual y no debería interferir en la vida de otras personas”.

Aunque lo cierto es que, en verdad, no lo he elegido en absoluto. Supongo que es el inconveniente de estas cosas: que no se eligen.

“Se trata, en realidad, de tomar la libre decisión de rebelarte, de una vez por todas, contra la esclavitud de la vida... Tan simple como eso. ¡Así que siéntete libre! ¡Agita los brazos frenéticamente mientras flotas en el aire!”.

La amo y quizás esto pueda parecer una locura.

Pero el amor es así: no atiende a razones.

“¡Encuentra la muerte contra el áspero asfalto tras una caída de quince pisos! A pesar de tus entrañas desparramadas por el suelo, habrás elegido al menos una cosa que te provoque una sensación de euforia real. Haber volado por un instante quizás pueda compensar todos esos años perdidos que ya no vivirás”, dice la chica-de-los-ojos-verdes.

Y, si no lo hace, ¿qué importa?

1

Una mañana más mi despertador me arranca de uno de esos insípidos sueños que no dejan recuerdo alguno tras su paso. El pequeño dispositivo electrónico parpadea en la oscuridad y emite la canción *Love will tear us apart*, de Joy Division.

Siguiendo la costumbre, me quito el edredón de encima. Me levanto de la cama y lo apago. Acto seguido me vuelco encima del colchón y me escurro entre las sábanas otra vez.

De nuevo todo queda sumido en un confortable silencio.

A partir de aquí, el día siempre va a peor.

“Joder”, gruño.

Suelo gruñir esto todas las mañanas. Es la primera palabra del día. Una palabra vulgar, lo sé. No invita a la esperanza. Pero define muy bien lo que siento.

Procedente del exterior, un haz de luz se cuele en mi habitación, atravesando la cortina.

Una cortina translúcida que resulta ser como yo.

Imperceptible, intangible.

Casi irreal.

Estación de metro, hora punta.

El andén de la Línea Roja está tan lleno de gente que sólo con meter una aguja más alguien se caerá a la vía. Mientras el tren baja la velocidad, gente anónima se apelotona alrededor de las compuertas. Las compuertas se abren y un buen número de rostros desconocidos abandonan el vagón. Los pasajeros suben al tren. Se trata de un intercambio de gente de lo más impersonal. Algunos empujan. Suena la señal y las compuertas se cierran.

Casi le pillan la mochila a un estudiante que venía corriendo y ha logrado entrar en el vagón por los pelos.

Radiografía de la gran ciudad. Alguien rodeado de gente que se encuentra realmente solo. Un cúmulo de cuerpos extraños roza el tuyo. Una masa humana de contornos indefinidos te envuelve de forma opresiva. Te asfixia. Alguien te pisa y no se disculpa. El metro te sacude. Tu mano busca rápidamente un punto de apoyo, pero no lo encuentra. Pierdes el equilibrio y le das un empujón sin quererlo al tío con cara de mala leche. Una voz electrónica anuncia la siguiente parada.

Alguien tose. Piensas en los gérmenes.

Caras largas y gente adormecida, acurrucada en esos incómodos asientos de plástico de color azul. La mediocridad flota en el aire como humo de cigarrillos. Cruzas la mirada con el tipo que va camino de los treinta. Está al lado del pasillo que une los dos vagones, entre el hombre con mala pinta y la señora gorda.

Ese chico rubio, con ojos de búho.

Lleva puesto un traje oscuro, raya diplomática. Camisa lisa de tono claro y corbata color burdeos, con motivos de un violeta impreciso. Sus zapatos se ven usados, pero limpiados con esmero. Por la manga del traje se asoma un reloj con aspecto de ser barato. Suena la grabación electrónica. Se anuncia la próxima estación.

El pobre chico de ojos de búho.

Perdido y desorientado en la gran ciudad.

Una pieza más en el engranaje social. Un individuo anónimo entre las corrientes de masa humana que fluctúa por el contorno de los edificios. Un tipo en el que nunca te fijarías si te lo cruzaras por la calle. Un esclavo más del sistema. Alguien del cual, ciertamente, no habría nada más a destacar.

Un pringado promedio, en definitiva. Podrías ser tú.

Pero no le demos más vueltas.

Espero de pie, mirando fijamente el semáforo. Esperando a que se ilumine el hombrecillo caminante de la luz verde. Los coches van arriba y abajo. Pasando por delante de mis narices. Tirándome encima el humo cancerígeno de sus tubos de escape que también contamina el aire de la ciudad, ennegrece la pared de las fachadas de los edificios y es causante del efecto invernadero.

Uno de esos motoristas locos que no aprecian su vida hace un adelantamiento arriesgado y se cruza delante de un Range Rover. El 4x4 pega un brusco frenazo, derrapa y pita. Adelantamientos temerarios para llegar un minuto antes a un trabajo que seguramente odias: se me ocurre que es una analogía perfecta del actual paradigma social.

Aprovechamiento del minuto presente a cualquier precio.

Por fin llego al edificio de oficinas en el que he desperdiciado los cinco últimos años de lo que, hasta ahora, ha sido una vida bastante decepcionante. Lo considero un lugar de horror y sombra en el que mueren todas las esperanzas del ser humano.

Aunque son puras impresiones subjetivas, claro.

La entrada es bonita, eso sí. Algo bueno debía tener.

Tan pronto como llego a mi mesa de trabajo, me encuentro a mi jefe - un tipo entrado en años con cara de no haber sonreído nunca en toda su mísera vida - sentado en mi silla. Taza de café en mano, empieza a hablarme de muchas cosas complicadas y de plazos de entrega. Poniéndome estrés en el cuerpo, en definitiva.

Se nota que ha estado esperando expectante mi llegada para poder amargarme el día.

Es uno de esos tipos exaltados y materialistas. De éstos que se lo toman todo muy a pecho. Su máxima ilusión en la vida: peinarse con raya y tener un culo que lamer. Hablo en sentido figurado, claro. Me refiero a que no conozco sus inclinaciones sexuales, ni me interesan.

Creo que está muy bravucón esta mañana. Me dice alguna tontería de las suyas, de esas fantasmadas de tiburón de los negocios que no sé si se le ocurren a él o las ha leído en alguno de esos libros americanos.

En un intento de establecer cierta empatía con él, procuro proyectar una imagen de imbécil perfecto, ajustando mi corbata y esas cosas. Pero sé muy bien que, por más que me esfuerce, jamás podré estar a su altura en estos menesteres. No se me da nada bien. No hay nada que hacer: vivimos en mundos distintos.

Así que no le doy más vueltas y empiezo a teclear en mi ordenador.

La oficina siempre me ha parecido un lugar triste y deprimente. De verdad, lo digo siendo todo lo optimista que puedo. Muebles funcionales lacados de color blanco, bañados por la pálida e impersonal luz de unos fluorescentes. Gente con cara de concentración delante de un ordenador. Silencio y amargura. Conversaciones telefónicas ajenas que se intuyen como para volarse los sesos. Relatos de compañeros que tienen problemas con su mujer frígida, niños con déficit de atención o que acuden al logopeda y esas tonterías, o que tienen un sinfín de todos esos problemas psicológicos tan novedosos que alguien se ha inventado que tienen los niños de hoy en día.

Un panorama desolador que, sin duda, acorta la vida.

Como cada mañana, almuerzo con otros compañeros del trabajo al lado de la máquina de los cafés. Una máquina que sirve unos cafés que saben a pura mierda. Una mezcla de alquitrán, agua sucia y, ¿arena? Da igual. Me pido uno, a ver si así me despierto un poco.

Aprecio a mis compañeros de oficina, en cierto modo. Gente maja, en general. Pringados con corbata, como yo. Todos ellos vestidos con trajes oscuros y repeinados con gomina. Algunos son listos y saben a lo que vienen. Pero, a veces, tienes que soportar a algún idiota, de esos ultra corporativos y enamorados

de la Firma, que se tragó todo ese rollo que nos dieron en las jornadas de bienvenida. Sí, pretendían lavarte el cerebro. Hacerte creer que la empresa era tuya. Como si tus hijos fueran a heredarla cuando te murieras o algo así.

Pero, en realidad, todo el dinero se lo llevaban los socios, claro. Una élite de lameculos de la cual tú nunca ibas a formar parte.

Frente a la máquina de café, hablamos un rato de alineaciones de fútbol y de los recortes del Gobierno. La salud del euro y el déficit público. El televisor que regalan si ingresas tu nómina en el Banco Popular. Banalidades de este estilo. Conversación superficial sobre conversación superficial. La situación se antoja ficticia. Forzada, en cierto modo. Somos un grupo de esclavos modernos e intentamos pasar el día lo mejor que podemos. A sabiendas que, si no fuera por nuestro miserable sueldo, estaríamos haciendo cualquier otra cosa.

Cualquier otra cosa, salvo estar aquí, manteniendo esta conversación. Empiezo a sentir en la boca de mi estómago algo parecido a una náusea.

Me siento cada vez más lejos de aquí, más desconectado.

Siento que no estoy en absoluto.

Entro en el lavabo y me lavo la cara con agua fría.

La seco con una toalla de papel desechable, de éstas grises que huelen de una forma tan asquerosa cuando se mojan. Acto seguido me quedo contemplando mi propio reflejo en el espejo durante mucho rato. Parezco bastante cansado. Se me han ido agudizando las ojeras y el pelo me va raleando un poco en la parte frontal. El tiempo avanza imparable y no perdona, ni que decir tiene.

Verme ante el espejo, vestido con este uniforme de farsante y con una corbata que me aprieta el cuello, me provoca un estremecimiento perturbador. Estoy demasiado alejado de la persona que un día imaginé que sería.

Me siento, en verdad, un extraño para mí mismo.

Es algo confuso... Pero siento como si en el mundo hubiera algo que no funciona. Una pieza que falta en el engranaje, o que no encaja. Supongo que todavía no he encontrado mi lugar en el mundo.

Visto desde fuera, objetivamente, creo que incluso se podría decir que llevo una buena vida. Pero, por algún motivo, esta vida no me satisface en absoluto.

Tan sólo me parece una sucesión de días vacíos, repetitivos y sin sentido.

Y la inercia es un factor constante en todos ellos.

Me voy arrastrando por los acontecimientos que se van produciendo a mi alrededor, día tras día, pero ni siquiera me planteo intervenir. Esto es todo. Por el cristal de la ventana del cuarto de baño se filtra tímidamente la tenue luz procedente del exterior.

Un cristal translúcido que resulta ser como yo.

Imperceptible, intangible.

Casi irreal.

2

Claudia se ha presentado en casa con su melena pelirroja toda despeinada, como una loca. Tiene cara de haber estado llorando. Sus ojos castaños están hinchados, vidriosos e irritados. De ellos brotan dos cascadas de polvo de carbón.

“¡Pican, pican, pican!”, se queja mientras se los restriega con el dorso de los dedos.

Y todo el rímel se queda desperdigado por sus pómulos repletos de pecas.

Luego me dice que ha roto con su novia.

Claudia siempre acaba rompiendo con sus novias. Su vida sentimental tiene una inestabilidad tremenda. Puedo jurarlo. Le ofrezco unos cuantos Kleenex, para que se sorba los mocos, e intento consolarla un poco.

Aquí me tienes, amigo, intentando animarla. Diciéndole que estas cosas pasan y que hay más peces en el agua. Todo este tipo de cosas inútiles que les dices a los amigos cuando han roto una relación de pareja o están dolidos por el motivo que sea.

Entonces Claudia levanta sus pesadas pestañas bañadas en rímel.

Y me clava esa mirada de gata tan suya.

“¿Cuánto pagarías por echar un polvo conmigo?”, me dice.

Yo me revuelvo sobre nuestro sofá naranja de cuero raspado, un poco incómodo.

Le echo un vistazo a los peces, que van en bandada de un lado a otro de la pecera, esquivando corales y oteando en el fondo acuático vete a saber qué.

¿Qué se puede responder ante algo así? En verdad, nunca he pagado por tener sexo con una mujer, si bien es algo que me

he planteado en no pocas ocasiones a lo largo de mi vida. Este tipo de preguntas no se les hace a los amigos. Vamos, digo yo.

La miro y ella me devuelve una mirada vulnerable.

Como si mi respuesta pudiera partirle el corazón en mil pedazos.

“Pero si eres lesbiana, mujer”, le contesto finalmente.

Claudia aparta la mirada y se acurruca encima del sofá.

Se abraza sus propias piernas, con el mentón pegado a las rodillas.

Y luego se queda pensativa, mirando al vacío.

“¡Por qué nunca me sale nada bien!”, exclama, de repente. Entonces se dirige a mí y me dice: “No te gusto, ¿verdad? ¡No le gusto a nadie! ¡Por eso no querías follar conmigo!”, me reprocha, algo resentida.

“No digas tonterías...”.

“¡Dios mío, moriré sola!”.

“Sí que me gustas, ya lo sabes. Me has preguntado si yo pagaría por hacerlo contigo. Y yo no pago por ese tipo de cosas... Pero claro que me pareces guapa. No digas tonterías”.

Claudia se suena los mocos. Se pone muy seria y me clava otra vez esa mirada de gata tan suya. Levanta una ceja y me dice:

“Entonces, pues... ¿follamos?”.

Es una psicópata social declarada.

Puedo jurarlo. Está loca.

Le pongo la mano sobre la rodilla y ella se ríe un poco.

Tiene una sonrisa muy bonita. La abrazo y le acaricio su melena ondulada y pelirroja, por detrás de la nuca. Noto que está temblando un poco y desprende mucha calor. Aprieta los labios y derrama unas lágrimas sobre mi cuello, mientras la estrecho entre mis brazos. A pesar de su locura, Claudia es un ser frágil.

Y la mejor amiga que he tenido en toda la vida.

“¿Y qué hay de ti?”.

“¿Qué hay de mí de qué?”.

“Ya sabes... de eso”.

Habré tenido mis historias, como todo el mundo, claro.

Pero, si tengo que ser franco, hace ya tiempo que no tengo ninguna.

Desconozco la causa, pero últimamente no llego a establecer conexiones profundas con la gente que me rodea. Incluyendo las chicas. De hecho, si no fuera por Claudia y por Saúl, estaría completamente solo en esta ciudad de locos.

“Aix, deberías salir más, Eric...”, me dice Claudia en un sobreactuado y burlón tono maternal, plenamente consciente de que detesto que me hable así. “Conocer gente y eso. ¡Divertirte! Siempre estás encerrado aquí en casa, ¡como una ratita! Sal a petarlo, hombre. ¡Vive la vida, tío!”.

“Yo no quiero salir, ni conocer chicas. Además, ¿no es a ti a quién acaban de dejar? Pues centrémonos en el tema”.

Lo cierto es que odio con todas mis fuerzas hablar de mí y mis sentimientos.

Se está reproduciendo uno de esos discos de mezclas musicales que hace Saúl.

Ahora suena *Mr. Brightside*, de The Killers.

Claudia va descalza y, de pronto, se estira hacia atrás y me pone sus dos pies sobre el muslo. Son unos pies largos y estrechos. Pálidos, con la piel muy fina y las uñas pintadas de color rosa.

“¿Y no te gustaría que te presentara a alguna amiga?”.

“Por favor, todas tus amigas son lesbianas. Y lo sabes”.

“¡No es verdad!”, chilla, dándome una patada en el muslo con el talón. “¡Apúntate a una página de contactos! De ésas de *encuentra-a-tu-media-naranja-en-cinco-sencillos-pasos*. Es ideal para la gente que no tiene tiempo y quiere optimizar sus citas. Igual encuentras a tu alma gemela por Internet, ¿quién sabe?”.

“¡Almas gemelas, por favor!”.

“¡Oye, tío! No te pases. El alma gemela existe, ¿que no?”.

“Por favor...”, repito.

“Pues yo he conocido a algunas chicas por Internet. Es un medio como cualquier otro, ¿sabes? La mayoría están dispuestas a ir rápido a la cama. Hay mucha gente desesperada que se apunta en este tipo de sitios sólo para echar un polvo. ¡Para irse a la cama con cualquiera! ¡Aprovéchalo, tío! Y, si no te gusta, pues la dejas plantada ahí y ya está. Total, sólo es una tía que conociste por Internet. No le debes nada. ¡Todo son ventajas!”.

Y Claudia me guiña el ojo.

“Un medio un tanto frío para conocer a tu alma gemela, entonces, ¿no crees?”.

“¡Eres un rancio! ¡Siempre le pones pegas a todo!”.

Y me da otra patada en la pierna con sus pies descalzos.

Claudia es una chica muy alta. Tiene las piernas largas y delgadas. Es pelirroja natural, su piel pálida está toda salpicada de pecas. Se concentran especialmente en sus hombros y en sus pómulos. Sus ojos castaños son despiertos y grandes, como dos globos a punto de estallar, y expresan un cierto aire de rebeldía subyacente. Tiene la boca grande con dos hileras de dientes blancos y perfectos, sin mácula, y su tabique nasal está algo desviado.

Sin poseer una belleza convencional, Claudia me resulta extremadamente atractiva.

La cojo por los tobillos y me quito sus pies de encima.

“¡Eh, más respeto, chaval!”.

Abro la nevera y saco un par de cervezas. Alargo el brazo y le ofrezco a Claudia una Heineken bien fría. La botella está empapada por el agua condensada en su cuerpo de vidrio

“¿Alguna vez te has enamorado como en las películas?”.

“No fastidies”, le replico antes de dar un trago a mi botella de cerveza.

“¡Va, en serio! ¿Alguna vez te has enamorado como en las películas?”.

“A ver, defíneme eso”.

Y Claudia dice entusiasmada:

“Pues, ya sabes, íese amor tan puro y tan inmaculado, como el que se ve en las películas! Ése amor por el cual una persona estaría dispuesta a todo, hasta a dar su propia vida, por la persona amada. El cine está lleno de ejemplos: Leonardo Di Caprio y Kate Winslet, en *Titanic*. ¡O Leonardo Di Caprio y Claire Danes, en *Romeo y Julieta*!”.

“Estás un poco obsesionada con ese tío, ¿no?”.

“¡Vaya que sí!”.

Miro al techo y luego, tras dar otro trago a mi Heineken, le digo:

“No sé, eh... no creo que eso exista, Claudia. Lo del amor como en las películas, digamos. Es pura ficción. Ficción y nada más”.

Trago un sorbo más y noto como la bebida baja por mi esófago.

“Somos seres imperfectos. El amor siempre es imperfecto. Siempre que he estado en una relación han habido, no lo sé, algo así como una infinidad de cosas que no me gustaban nada de la otra persona. Algunas eran importantes... y otras simples tonterías. Pero el caso es que no existe un ideal. Siempre habrá algo de la otra persona que no te guste. Siempre te sentirás incomprendido en algún aspecto. Al final, únicamente podemos conectar por completo con nosotros mismos. En el fondo, estamos solos. Y en las películas no se habla de eso”.

Entonces Claudia abre bien los ojos y me dice un poco exaltada:

“¡Pero dos seres imperfectos pueden tener un amor perfecto! Inocente. ¡Inmaculado! Libre de todo interés, ¡de toda perversión! Una unión completa que les permita encontrarse en

un plano más allá de lo material. Más allá de lo físico, más allá de lo emocional. Más allá, incluso, de lo espiritual. ¡Una nueva dimensión! ¡Una nueva dimensión alucinante que tan solo el amor verdadero entiende!”.

“Siempre lo exageras todo. Deja de dramatizar, ¿quieres? Las cosas son tan simples como que lo bueno que te da una posible pareja compensa lo malo, y por eso decides estar con ella. No hay nada más allá de eso”.

“Pero, tío, ¡esto que estás diciendo es horrible! ¿Es que nunca te has enamorado de alguien como para tirarte al tren?”.

La miro y, tras unos instantes, hago un gesto negativo con la cabeza.

“¡Pues vas para los treinta!”, dice Claudia. “¡Espabila! Tío, ¡tienes que empezar a vivir!”.

Los dos nos empezamos a reír y ella grita:

“¡Esta noche salimos! ¡Los tres! ¡Vaya que sí! ¡Y punto!”.

Hay algo en Claudia que la hace distinta del resto de la gente.

Supongo que ella transmite unas ganas de vivir que le robarían una sonrisa a un preso que espera cumplir su sentencia en el corredor de la muerte. Para Claudia las preocupaciones no existen y todo tiene fácil solución. A mí, personalmente, Claudia me parece una persona adictiva.

Es magnética y absorbente.

Es de esas personas que arrastran a los demás.

Al cabo de un rato oímos a Saúl entrar por la puerta de casa. Lanza las llaves sobre el mueble del recibidor, tirándolas desde medio metro de distancia. Ya ni nos molestamos en decirle que no lo haga, porque pica la madera. Es una batalla perdida.

Entra al salón, cargado con su mochila del gimnasio. La deja tirada por el suelo, de cualquier manera. Se va hacia la cocina y se prepara uno de esos batidos de proteínas con sabor a plátano.

Luego se sienta a nuestro lado, en el reposabrazos del sofá. La camiseta le va tan apretada que da la sensación de que se va a reventar de un momento a otro. Saúl tiene la piel morena y ni un pelo en todo el cuerpo. Sus antebrazos están llenos de venas y son tan gruesos como una calabaza.

Claudia se lo queda mirando y le dice:

“Ey, Saúl, ¿y tú? ¿Has amado alguna vez a alguien como en las películas?”.

Él le sostiene la mirada durante un rato y se queda muy callado.

Acto seguido estalla en una sonora carcajada.

Una risotada escandalosa y trastornada.

Un risa de no ser consciente del peligro.

Entonces, se pone otra vez muy serio y le da un sorbo a su batido de proteínas.

“¡Pero mira que eres tonta!”, le dice a Claudia.

Y después de decir esto continúa partiéndose el culo él solo.

3

Salimos a tomar unas copas por el barrio de Gracia.

Avanzamos por las calles solitarias. Riendo y compartiendo un porro. Bebiendo ron con Coca-Cola de una botella de plástico. Entre los edificios se cuele una fría ventisca, advenediza del invierno que está por llegar.

Saúl lanza unos puñetazos al aire.

Luego se gira hacia nosotros y nos explica cómo ha mejorado su técnica y por qué su gancho de izquierda se podría equiparar al del mejor boxeador de todos los tiempos. Mientras tanto, los tacones de Claudia repiquetean en el asfalto a cada paso. Se ha puesto un vestido de color rojo con un estampado de topos blancos, debajo de su parca de color beige comprada en las rebajas del H&M.

Embriagados por el alcohol, nos da la sensación de que la noche es joven y todo es posible. Subimos en un taxi y recalamos en una discoteca cualquiera. Al entrar en el local nos vemos envueltos por el ensordecedor ritmo de la música electrónica a todo volumen. Estamos oprimidos por un montón de cuerpos sudados que bailan y saltan frenéticamente. Organismos sin espíritu saturados por el éxtasis de la metamfetamina.

Los *subwoofers* resuenan en mis tímpanos a punto de explotar.

Remueven todos mis órganos internos con cada percusión.

La fría luz de los focos baña nuestra piel y se refleja en nuestra ropa. Va de un lado a otro. El flash se enciende y apaga a cada instante. Estamos hipnotizados en una realidad paralela. Un tumulto de cabezas que se mueven al compás de la música se interponen entre nosotros y las salidas de emergencia. Estamos a

una simple bengala de morir aplastados bajo los pisotones de una muchedumbre aterrorizada.

Siento una sed terrible y me dirijo a la barra para pedir algo. Después, con un cubata en la mano, me abro paso entre la gente y me acerco a una chica que se mueve cerca del podium, en el centro de la pista de baile. Intento darle un poco de conversación y hacerme el simpático, quizás para ver si ella está receptiva y a lo mejor dispuesta a ir a la cama. Pero ella me da la espalda y un haz de luz brillante se refleja en su vestido de color negro.

Me encojo de hombros y le doy un trago a mi copa.

Rastreo con vista rapaz los alrededores en busca de alguna otra posible candidata para el sexo esporádico. Pero no hay mucho por aquí: únicamente gente desfasada.

A unos metros veo a Claudia. Es como una muñeca de porcelana, alta y esbelta, con su melena pelirroja que le llega hasta la cintura. Un espejismo onírico aparecido aparecido entre los brillos y la música estridente. Se mueve al ritmo de *Help, I'm Alive*, de los Metric.

Baila de una forma altiva y distante, como desconectada de este mundo. Pero puedo ver el indicio de una sonrisa maliciosa cada vez que despacha a algún tipo patoso que intenta entrarle. Realmente, sabe jugar con una maestría difícil de superar su papel de mujer gélida y despreciativa.

Seguimos bailando, moviéndonos al ritmo de la música.

Pero llega un momento en el que, algo perjudicado por el alcohol, me empiezo a sentir torpe y ridículo. Noto todos mis sentidos entumecidos. Comienza a dolerme la cabeza y la vista se me dobla de una forma algo extraña.

Siento que estoy aquí pero, al mismo tiempo, no estoy en absoluto.

No muy lejos de nosotros, un tío echa una vomitada en el suelo.

Pura rutina.

Y, pasada la euforia inicial, me doy cuenta una vez más de hasta qué punto odio las malditas discotecas. Todo por culpa de mis amigos y de su enfermiza insistencia por sacarme de casa. Ese ruido, esa luz y ese calor. El insoportable olor a sudor y tabaco. La gente que te empuja para pasar. La indiferencia y las miradas despectivas. El aislamiento, la suciedad y el caos. Miro a mi alrededor y todo lo que veo me da asco. Oh, sí, todo el mundo aparenta estar pasándolo de puta madre, claro.

Pero, excluyendo algunas honrosas excepciones, es todo pura fachada.

Todos aparentan estar despreocupados. Saboreando el momento.

Aparentan ser autosuficientes y que no les importa nada ni nadie. Tan sólo vivir el momento.

Pero únicamente hay que ver cómo se han vestido.

Los cabellos planchados de las chicas, enfundadas en sus vestidos provocativos. Los palurdos engominados, marcando paquete con sus tejanos de sábado por la noche. Bajo todo este mundo de apariencias, rascando y penetrando un poco más allá de esta superficie de pura falsedad, las discotecas no son nada más que un conjunto de gente sola que se muere porque alguien se les acerque y les meta un polvo.

Con un poco de suerte podrán obtener algo de calidez humana esta noche.

Un afecto ficticio, si nos ponemos en el mejor de los casos.

Aunque la mayoría volverán solos a casa.

Sin embargo, en este momento tan caótico de mi vida, las discotecas forman parte de mi mundo. Ahora mismo también soy uno de esos palurdos engominados y enfundados en sus tejanos de sábado por la noche.

Esperando, simplemente, a que alguien aparezca.

Y me regodeo en mi propia hipocresía cuando empiezo a hablar con una chica morena con el pelo rizado que estaba bailando cerca de mí. No es especialmente guapa y me da la impresión de que tiene una carencia absoluta de magnetismo o encanto personal pero, como el resto de palurdos engominados que hay por aquí, yo también necesito meter un polvo y no volver solo a casa.

Todo esto que rechazo no es más que una parte de mi propia naturaleza.

La chica me explica un montón de cosas que no me importan un rábano, mientras las canciones se van sucediendo, una detrás de otra. Nos gritamos en la oreja para que el ruido no apague nuestras palabras. Tenemos una conversa superficial acerca de la música que están pinchando esta noche. Estas banalidades que dices cuando no sabes qué decir al hablar con una desconocida que no es nada para ti, pero con la que te meterías en la cama.

Estamos mareando la perdiz un buen rato.

Yo le invito a una copa. Luego vamos a bailar y le pongo las manos en la cintura.

Me dice que está estudiando un máster en psicopatología clínica y que le encantan los viajes. Ha estado en Tailandia y se ha recorrido la Patagonia en bicicleta. Luego baja la mirada y me dice que no sabe muy bien qué se supone que tiene que hacer con su vida.

Le confieso que yo tampoco.

El dilema de acercarse a los treinta, hay que joderse.

Me mira a los ojos y me dice que tiene ganas de encontrar su sitio en el mundo.

Le respondo que yo también. Estamos apañados.

Le digo que tengo ganas de echar un polvo.

Y ella me coge de la mano y me guía hacia los lavabos. Sinceramente, he bebido demasiado y mi cabeza no está clara. Todo lo que pueda pasar me parecerá bien.

Encerrados en un apestoso cubículo que ha sido usado esa misma noche por cientos de personas distintas, individuos cuyas gónadas goteaban bacterias portadoras de la gonorrea y la clamidia, nos comemos la boca y empezamos a meternos mano en serio.

En el suelo hay, por lo menos, dos dedos de meados mezclados con cubata y vete a saber qué. Los bajos de los pantalones se nos están poniendo perdidos. Pero no importa demasiado, ya que esto es la vida: saborear el instante presente.

La situación, vista de forma objetiva, no es agradable ni sana.

Pero me dejo llevar por el ímpetu del momento. Sólo siento que su boca está caliente, su lengua húmeda. Que roza la mía y que, en este momento, le importo a alguien. Le magreo las tetas. Se oye la música de la sala de baile como algo lejano, de otro mundo. Siento en las sienes los acelerados latidos de mi corazón funcionando a toda marcha, embriagado por la adrenalina y la tensión sexual.

Escucho sus pequeños gemidos de excitación.

Luego ella agarra mi pene erecto, que no sé en qué momento ha asomado por encima de la bragueta de mis pantalones, y empieza a sacudirlo con ritmo. Arriba y abajo. Empiezo a desabrochar sus pantalones, pero ella me detiene.

“Tengo la regla”, susurra.

Sigue masturbándome mecánicamente. Mueve el brazo mientras enredamos nuestras lenguas. Se nota que tiene práctica y sabe lo que hace. Arriba y abajo, arriba y abajo. Al cabo de un rato explota en una eyaculación apoteósica.

Nos limpiamos un poco y volvemos a la pista de baile.

Le digo que le invito a la última, pero me dice que está cansada y que se va para casa.

Tras despedirnos, me acerco a la barra y le pido a la camarera un Martini con limón.

Claudia se me acerca por detrás y me revuelve el pelo. Bebe un poco de mi copa y charlamos un rato. Ha sido una noche larga.

“En el mundo real no hay lugar para un amor como el de las películas. Cada uno procuramos satisfacer nuestras necesidades como buenamente podemos. Y aquí se acaba la historia”.

“Estás equivocado”, me replica ella. “Ten los ojos bien abiertos: lo encontrarás por ahí”.

Antes de volver a casa vamos a almorzar a una cafetería.

Saúl va con una chica rubia con cara angelical que ha conocido en la discoteca.

Se morrean por la calle hasta que Saúl se separa de ella y se dirige a nosotros. Sin que la chica le oiga nos pide, por favor, que la entretengamos porque le va a dar esquinazo. Recalca que no le demos a la chica su número de teléfono bajo ningún concepto.

Una vez en la cafetería, Saúl se levanta de la mesa y dice que se va al lavabo.

Pero ya no vuelve. Al cabo de diez minutos, empiezo con la farsa y miro mi móvil. Me invento que he recibido un *whatsapp* de Saúl. Les explico a las chicas que no se encontraba bien y que se ha vuelto para casa.

“¿Sin despedirse?”, pregunta la chica rubia.

“Dice que lo siente”, le miento yo.

Tomamos un café y la chica rubia no deja de hacernos preguntas acerca de Saúl.

Me está cargando un poco la cabeza, pero intento ser amable con ella, porque se ve buena chica. De hecho, me sabe mal que Saúl la haya dejado plantada. Empiezo a estar harto de que siempre nos haga lo mismo.

“Escucha, corazón de mazapán”, le interrumpe Claudia. “Saúl no se encontraba mal, cariño. Ha preferido irse con una prostituta que hacerlo con una tonta como tú. Aún tienes suerte de haber pillado cacho, porque créeme si te digo que en tu cara se ve claramente que eres tan estrecha que tú no la chupas porque crees que es una marranada”.

Y, nada más decir estas palabras, Claudia se lleva medio *croissant* a la boca.

La pobre chica rubia se la queda mirando, debatiéndose entre la sorpresa y la indignación. Puedo ver cómo se le ponen rojas las orejas y las mejillas. Pero, por el motivo que sea, no logra articular palabra.

Claudia se la queda mirando fijamente y le chilla:

“¡Por Dios! ¿Pero cómo se puede ser tan cándida? ¡Anda, esfúmate!”.

La chica rubia coge su bolso y se levanta de la mesa, con una expresión furiosa dibujada en su rostro. Por mi parte, bajo la mirada, un poco avergonzado. Lo que quiero decir es que... tampoco es necesario, no sé, ir por la vida dañando a la gente.

Y, digamos las cosas como son, está claro que Claudia es una psicópata social.

Es como si, a veces, disfrutara torturando a los demás.

De vuelta a casa, caminando por la calle de una ciudad ya despierta, nos encontramos con la chica del pelo rizado, con la que me enrollé hará unas horas, en una parada de autobús. Está sentada, abrazada a su bolso, con los brazos cruzados. Se debe haber quedado dormida esperando el bus. La sacudo un poco para despertarla. Parece desorientada.

Hablamos un rato y, finalmente, se viene a dormir a casa.

Copulamos encima de mi cama, aunque ella tenga la regla.

Y, aunque nuestros cuerpos sudados están pegados, noto que entre nosotros hay un abismo de distancia. Sencillamente, estoy introduciendo mi pene en un cuerpo anónimo. Escucho sus

gemidos a cada embestida como algo lejano y totalmente ajeno a mí.

Luego nos quedamos dormidos.

Al cabo de unas horas me despierto. Abro los ojos en medio de la oscuridad.

Giro la cabeza y veo a esta chica desconocida durmiendo a mi lado, de espaldas a mí. Todavía puedo sentir un tumulto dentro de mis tímpanos. Las percusiones de la música retumbando en mis oídos como si fueran un eco lejano. Me encuentro envuelto por una voluptuosidad extraña.

Me siento terriblemente vacío.

Huelo las sábanas.

¿Hay que cambiar las sábanas después de acostarte con una extraña en la cama?

En este mismo momento, oliendo el sudor de mis propias sábanas, con este cuerpo extraño durmiendo a unos centímetros de mí, con mi aliento apestando alcohol y mi pene embadurnado por una mezcla de semen y lubricante de preservativo, me doy cuenta de que esto tiene que cambiar.

Tengo que hacer algo para cambiar mi vida; algo significativo.

Algo duradero.

Algo radical.